

**ANDRE
GORZ**

**METAMORFOSIS
DEL TRABAJO**

EDITORIAL SISTEMA

COLECCION
POLITEIA

**ANDRE
GORZ**

**METAMORFOSIS
DEL TRABAJO**

BUSQUEDA DEL SENTIDO

Crítica de la razón económica

EDITORIAL SISTEMA



INVESTIGACIONES
SOCIALES

A Dorine

Título original: *Métamorphoses du travail. Quête du sens. Critique de la raison économique*

© Editions Galilée, 1991

© Fundación Sistema & Iniciativas Editoriales Sistema, S. A.
c/ Fuencarral, 127 - 28010 Madrid

Traducción de Mari-Carmen Ruiz de Elvira

ISBN: 84-86497-28-0

Depósito legal: M. 5.538-1995

Fotocomposición e impresión:
Closas-Orcoyen, S. L. Polígono Igarsa
Paracuellos de Jarama (Madrid)

Lo que propongo en las páginas que siguen es reconsiderar la condición humana desde el punto de vista de nuestras experiencias y nuestros temores más recientes. Se trata aquí evidentemente de reflexión, y la irreflexión me parece una de las principales características de nuestro tiempo. Lo que propongo es, pues, algo muy simple: nada más que pensar lo que hacemos.

HANNAH ARENDT

Introducción

No estamos discutiendo la crisis de la modernidad; estamos discutiendo la necesidad de modernizar los supuestos sobre los que está fundada la modernidad. La crisis actual no es la crisis de la Razón sino la crisis de los motivos irracionales, desde ahora manifiestos, de la racionalización tal como ha sido acometida.

La crisis actual no significa para el proceso de modernización la entrada en un callejón sin salida y la necesidad de desandar lo andado; significa la necesidad para la modernización de *modernizarse*, de insertarse reflexivamente en el campo de su acción: de *racionalizar la propia racionalización* ¹.

Si, en efecto, se define la modernización como una diferenciación cultural de las distintas esferas de vida y una laicización de las actividades que le corresponden, la tarea dista mucho de estar acabada. Tal como se ha desarrollado hasta ahora, el pro-

ceso de modernización ha producido sus propios mitos, ha cultivado un nuevo «credo» no sometido al examen argumentado y a la crítica racional. Los límites que así ha asignado a la racionalización se han hecho indefendibles. Lo que los «posmodernos» toman como el fin de la modernidad y la crisis de la Razón es en realidad la crisis de los contenidos irracionales, cuasi religiosos, sobre los cuales se ha edificado esa racionalización selectiva y parcial que es el industrialismo, portador de una concepción del universo y de una visión del futuro a partir de ahora insostenibles.

En tanto que no nos hayamos desembarazado de esa visión, seguiremos replegándonos frioleraamente en unas exageradas nostalgias del pasado y en las obstinadas búsquedas privadas, incapaces de dar un sentido, de imprimir una orientación, a las mutaciones que han destruido nuestras creencias pasadas.

Con estas observaciones no trato de insinuar que la racionalización pueda o deba extenderse indefinidamente para abarcar todo lo que todavía parece escapársele. Por el contrario: haré ver que existen límites ontológicos, existenciales, para la racionalización y que esos límites solamente pueden ser superados por unas pseudo-racionalizaciones irracionales, en las que la racionalización se convierte en su contrario.

La delimitación de la esfera de lo que es racionalizable será uno de los principales objetos de este ensayo. Tomaré como punto de partida el comentario de un texto que, involuntariamente, nos hace casi tocar con las manos la crisis de esa racionalidad particular que es la racionalidad económica, inconsciente de la estrechez de sus límites, para volver luego al examen de los supuestos ideológicos y éticos que han hecho posible su extensión más allá del campo práctico en el que es aplicable.

En un artículo típico del pensamiento económico dominante, Lionel Stoleru escribe:

«Una oleada de progresos tecnológicos hace inútiles toda una serie de trabajos y suprime masivamente empleos sin, por otra parte, crear otros tantos... [Ella] va a permitir producir más y mejor con menos esfuerzos humanos: las economías de precio de coste, las economías de tiempo de trabajo van a mejorar el poder adquisitivo y a *crear por otro lado en la economía (aunque no sea más que en las actividades dedicadas al ocio) nuevos campos de actividad*»².

Más adelante, Stoleru vuelve sobre este último punto para precisar que estas nuevas actividades son unas actividades *remuneradas*, unos *empleos*, aun cuando hablando propiamente no son «trabajo» tal como hasta aquí se entendía este término: «La sustitución del trabajo humano por la robótica y la telemática (...) permite extraer un valor superior al salario pagado anteriormente. (...) Este valor está disponible *para remunerar a quien ha perdido su empleo*. El paro es más un desplazamiento de actividad que una supresión de empleo.»

El interés de este texto aparentemente económico radica en la riqueza de los sentidos explícitos e implícitos que en él se superponen. En primer lugar, a diferencia de la mayor parte de los ideólogos patronales y de los dirigentes políticos, Stoleru no niega que la presente mutación técnica economice tiempo de trabajo *a escala de la sociedad* y no solamente a escala de la empresa: esta mutación permite producir más y mejor con menos horas de trabajo y con menos capital; permite bajar el coste salarial pero también el coste en capital por unidad de producto³. La informatización y la automatización tienen, pues, una racionalidad económica, la cual se define precisamente por la preocupación de *economizar*, es decir, de emplear los factores de producción de la manera más eficaz posible. Más adelante tendremos que volver de nuevo a este tipo de racionalidad, para captar mejor su naturaleza. Por el momento basta con dejar constancia de que una racionalidad que tiene como fin *economizar* los «factores» exige que la utilización de estos factores sea medible, calculable, previsible y que, por consiguiente, puedan ser expresados, cualquiera que sea su naturaleza, en una misma unidad de medida. Esta unidad de medida es el «coste» por unidad de producto, coste que, a su vez, es función del tiempo de trabajo (del número de horas trabajadas) que entrañan el producto y los medios (principalmente: el capital, que es trabajo acumulado) que sirven para producirlo.

Desde el punto de vista de la racionalidad económica, el tiempo de trabajo economizado, a escala de la sociedad, gracias a la eficacia creciente de los medios empleados, es tiempo de trabajo disponible para una producción adicional de riquezas. Es realmente esto lo que nos dice Stoleru, con una ciera insistencia, puesto que vuelve a ello por dos veces. El tiempo de trabajo economizado, escribe, «permite remunerar a quien ha perdido su

empleo», dándole trabajo en otra actividad económica distinta, o remunerándole unas actividades que, hasta ese momento, no estaban remuneradas ni eran consideradas como parte de la economía. Permite crear nuevos empleos «en otro lugar dentro de la economía», y Stoleru precisa: «Aunque sea en las actividades dedicadas al ocio.»

El modelo considerado implícitamente es, pues, el de una economía que no deja de englobar nuevos campos de actividad a medida que se libera tiempo de trabajo en los campos que hasta entonces ocupaba. Sin embargo, esta extensión del campo de la economía va a conducir, de conformidad con su propia racionalidad, a nuevas economías de tiempo. Economicizar (*économiser*), es decir, incluir en el campo de la economía lo que todavía estaba excluido de él, quiere decir que la racionalización económica generadora de ganancias de tiempo va a ganar terreno y a liberar cantidades crecientes de tiempo disponible.

Esto queda bien claro si tenemos en cuenta algunas de las orientaciones más comúnmente propuestas para asegurar un «nuevo crecimiento»: apuntan, por una parte, a la informatización y la automatización de las tareas domésticas (*teleshopping*, cocina automática programable por ordenador, casa electrónica, etc.) y, por otra, a la industrialización y la informatización, al menos parcial, de los servicios de restauración, limpieza, cuidados corporales, enseñanza, puericultura, etc. La racionalización económica está así destinada a entrar en la esfera de la «reproducción», en la que aún prevalece el trabajo doméstico no remunerado y no contabilizado, y ni siquiera, lo más a menudo, tenido en cuenta. La ganancia de tiempo, en particular la liberación de las mujeres o de las familias con respecto a las tareas domésticas, es el fin explícito de las innovaciones propuestas.

Decir que estas innovaciones van a «crear empleo» es una forma paradójica de negar la racionalidad económica que, por otra parte, les sirve de justificación: los *fast foods*, los robots caseros, los ordenadores domésticos, las peluquerías exprés, etc., no tienen como fin *dar trabajo* sino economizarlo. Si bien exigen realmente trabajo remunerado, es decir, empleos, la cantidad de este trabajo es muy inferior a la cantidad de trabajo doméstico economizado. Si éste no fuera el caso, esos productos y servicios serían económicamente inaccesibles y carecerían de interés para la inmensa mayoría de las personas: para ganar una hora de tiem-

po disponible, un asalariado medio debería gastar el salario de una hora de trabajo o más; debería trabajar al menos una hora más para procurarse una hora suplementaria de tiempo liberado; todo el tiempo ganado a las tareas domésticas tendría que ser trabajado (o trabajado de más) en la fábrica o en la oficina, etc. Ahora bien, el valor de uso de los equipamientos domésticos y de los servicios industrializados depende precisamente, por el contrario, de la ganancia *neta* de tiempo que procuran; y su valor de cambio, de su elevada productividad horaria; para ganar con qué pagarse esos productos o servicios, el usuario pasa en el trabajo mucho menos tiempo del que gastaría para prestarse esos servicios por sí mismo. Se trata realmente de una liberación de tiempo a escala de la sociedad.

La cuestión es saber qué sentido y qué contenido se quiere dar a ese tiempo liberado. La razón económica es fundamentalmente incapaz de responder a esta cuestión. Considerar, como lo hace Stoleru, que va a llenarse con actividades que se desplazan «a otro lugar dentro de la economía, aunque no sea más que a actividades dedicadas al ocio», es olvidar que cuando las ganancias de tiempo en las actividades económicas clásicas son utilizadas para economicizar unas actividades hasta entonces excluidas del campo de la economía, de ese desplazamiento se van a derivar unas ganancias de tiempo adicionales. La extensión del campo de la racionalidad económica, hecha posible por las economías de tiempo de trabajo, conduce a economías de tiempo incluso en unas actividades que, hasta entonces, no eran consideradas como trabajo. Los «progresos tecnológicos» plantean así, inevitablemente, la cuestión de contenido y del sentido del tiempo disponible; mejor todavía: de la naturaleza de una civilización y de una sociedad en las que la extensión del tiempo disponible prevalece con mucho sobre la del tiempo de trabajo —y en las que, en consecuencia, la racionalidad económica deja de regir el tiempo de todos.

Incluir el ocio en el campo de la economía y plantear que su extensión será generadora de nuevas actividades económicas es una forma, a primera vista paradójica, de eludir esa cuestión. Las actividades dedicadas al ocio tienen, en efecto, una racionalidad opuesta a la de las actividades económicas: no son productoras sino consumidoras de tiempo disponible; no pretenden ganar tiempo sino gastarlo. Son el tiempo de la fiesta, de la pro-

digalidad, de la actividad gratuita que no tiene otro fin que ella misma. En resumen, ese tiempo no sirve para nada, no es el medio de ningún fin diferente de sí mismo, y las categorías de la racionalidad instrumental (eficacia, rendimiento, resultados) no le son aplicables, salvo para pervertirlo.

Afirmar, como lo hace Stoleru, que el tiempo libre engendra, e incluso exige, nuevas actividades remuneradas no es, sin embargo, totalmente absurdo, a condición de considerar la sociedad no como una unidad sino como una dualidad económica. Y es esto lo que hacen la mayor parte de los autores. La sociedad, según su concepción, continuará inevitablemente escindiéndose.

Esta escisión tendrá (y tiene ya) como motivo la muy desigual distribución de las economías de tiempo de trabajo: unos, cada vez más numerosos, seguirán siendo expulsados del campo de las actividades económicas o serán mantenidos en su periferia. Otros, en cambio, trabajarán tanto o incluso más que ahora y, en razón de sus resultados o de sus aptitudes, dispondrán de ingresos y poderes económicos cada vez más altos. Renuentes a desprenderse de una parte de su trabajo y de las prerrogativas y poderes vinculados a su empleo, esta élite profesional sólo puede acrecentar sus ocios encargando a terceros que le procuren tiempo disponible. Va, pues, a pedir a esos terceros que hagan en su lugar lo que puede hacer cualquiera, en particular todo el trabajo llamado de «reproducción». Y va a comprar servicios y equipamientos que permitan ganar tiempo *incluso cuando esos servicios y equipamientos exijan más tiempo para ser producidos del que economizarían a un usuario medio*. Va, pues, a desarrollar unas actividades que, sin racionalidad económica a escala de la sociedad, puesto que exigen más tiempo de trabajo a los que las atienden del que hacen ganar a los que se benefician de ellas, corresponden solamente al interés particular de esa élite profesional capaz de comprar tiempo a un precio muy inferior al que ella misma puede venderlo. Esas actividades son actividades de *servidor*, cualquiera que, por lo demás, sea el *status* y el modo de remuneración de quienes las realicen.

La escisión de la sociedad en dos clases hiperactivas en la esfera económica, por una parte, y una masa excluida o marginada con relación a esa esfera, por otra, permite, pues, el desarrollo de un subsistema en cuyo seno la élite económica compra tiempo libre haciendo trabajar en su lugar a terceros, a bajo pre-

cio, para su beneficio privado. El trabajo de los servicios personales y de las empresas suministradoras de los servicios personales libera tiempo para esa élite y hace agradable su vida; los ocios de las élites económicas procuran empleos, con la mayor frecuencia precarios y a la baja, a una parte de las masas expulsadas de la esfera de la economía.

Esta escisión no es evocada por Stoleru, pero Edmond Maire la admite de manera apenas velada en el análisis que sigue:

«Compraremos cada vez menos productos industriales: no en cantidad sino en valor, porque, con la automatización, el precio de la mayor parte de los productos bajará. El poder adquisitivo así liberado y el resultante del crecimiento futuro permitirán financiar la expansión de servicios llamados de proximidad... Desde estos momentos existe un poder de adquisición disponible en determinados usuarios»⁴.

Todo en este análisis está comprendido lo no-dicho siguiente: la automatización permite bajar los precios *porque reduce los costes salariales*, o, lo que viene a ser igual, los asalariados efectivos. Los que, gracias a la disminución de los precios, dispondrán de un poder adquisitivo adicional no serán evidentemente los trabajadores expulsados o excluidos de la producción sino los que conserven un empleo permanente y bien pagado. *Sólo ellos* podrán, pues, pagar(se) los servicios comerciales de proximidad del desarrollo de los que Edmond Maire espera «millones de empleos». Los asalariados, en esos empleos, estarán, por tanto, directa o indirectamente al servicio de las capas privilegiadas que se benefician de la automatización.

La distribución desigual del trabajo de la esfera económica y el desigual reparto del tiempo que libera la innovación técnica conducen así a que unos puedan comprar un suplemento de tiempo libre a otros y que estos últimos no tengan más remedio que ponerse al servicio de los primeros. Esta estratificación de la sociedad es distinta de la estratificación en clases. A diferencia de esta última, no refleja las leyes inmanentes al funcionamiento de un sistema económico cuyas exigencias impersonales se imponen a los gerentes del capital, a los administradores de las empresas tanto como a los asalariados; para una parte al menos de los pres-

tatarios de servicios personales se trata esta vez de una sumisión y de una dependencia personal frente a quienes se hacen servir. Renace una clase servil que la industrialización, después de la II Guerra Mundial, había abolido.

Algunos gobiernos conservadores y hasta algunos sindicatos legitiman y favorecen esta formidable regresión social con el pretexto de que permite «crear empleos», e incluso de que los servidores aumentan el tiempo que sus amos pueden dedicar a unas actividades económicamente muy productivas. Como si realmente los ejecutantes de los «trabajos humildes» no fueran capaces de realizar también un trabajo productivo o creativo; como si quienes se hacen servir fuesen irremplazablemente creadores y competentes a lo largo de toda su jornada; como si no fuera la idea misma que ellos se hacen de su función y de sus derechos la que quita sus oportunidades de inserción económica e integración social a los jóvenes llamados a entregarles sus cruasanes calientes, su periódico y su pizza a domicilio; como si, por último, la diferenciación de las tareas económicas exigiera un grado de especialización tal que la sociedad debiese inevitablemente estratificarse en una masa de ejecutantes, por una parte, y una clase, por otra, de decisores y de técnicos irremplazables y extenuados, que, para cumplir su tarea, tuvieran necesidad de una bandada de ayudantes al servicio de su persona.

Ciertamente, la existencia de una clase servil es menos patente hoy de lo que lo era en las épocas en las que las clases acomodadas mantenía una servidumbre numerosa fija, que en los censos británicos (bajo la rúbrica «criados y servidores personales») representaba, de 1851 a 1911, un 14 por 100 de la población empleada. Ello se debe a que, actualmente, los servicios a las personas están en gran parte socializados o industrializados: la mayoría de los servidores están empleados por empresas de servicios que alquilan a los particulares la mano de obra (precaria, empleada a tiempo parcial, pagada a destajo) que ellas explotan. Pero esto en realidad no cambia nada: se trata de un trabajo de servidor, es decir, de un trabajo que los que se ganan bien la vida transfieren, en beneficio personal y sin aumento de productividad, a aquellas personas para las cuales no hay empleo en la economía.

* ||| Nos encontramos, pues, en un sistema social que no sabe ni distribuir, ni administrar, ni emplear el tiempo liberado; que se

asusta de su crecimiento mientras que hace todo lo posible por aumentarlo; y que finalmente no le encuentra otro destino que el de procurar por todos los medios amonedarlo: es decir, monetizar, transformar en empleos, integrar en la economía en forma de servicios mercantiles cada vez más especializados, incluso las actividades hasta ahora gratuitas y autónomas que podrían llenarlo de sentido.

Postular, como se hace comúnmente, que la totalidad del tiempo liberado por la racionalización y la tecnificación en curso pueda ser empleado de nuevo «en otro lugar en la economía», gracias a la extensión indefinida de la esfera económica, es postular que no existe límite para las actividades que pueden ser transformadas en servicios remunerados, generadores de empleos; dicho de otra manera, que todas las personas, o casi todas, se verán obligadas finalmente a vender a los otros un servicio especializado y a comprarles todos los que ellas no venden; que el intercambio mercantil de tiempo (sin creación de valor) puede englobar todos los campos de la vida, impunemente, sin invalidar el sentido de las actividades y relaciones que, gratuitas y espontáneas, tienen por naturaleza no *servir* para nada.

«Es una sociedad de trabajadores —escribía Hannah Arendt— que se va a liberar de las cadenas del trabajo, y esta sociedad ya no sabe nada de las actividades más altas y más enriquecedoras para las que valdría la pena obtener esa libertad... Lo que tenemos ante nosotros es la perspectiva de una sociedad de trabajadores sin trabajo, es decir, privados de la única actividad que les queda. No es posible imaginar nada peor»⁵.

Salvo quizás esto: el enmascaramiento en trabajo y en empleos de las actividades privadas, de las actividades de ocio y hasta las actividades, normalizadas, de la vida íntima. No estamos lejos de esto, volveré sobre ello de nuevo.

< La crisis es, de hecho, mucho más fundamental que una crisis económica y de sociedad. Lo que se viene abajo es la utopía en la que, desde hace dos siglos, vivían las sociedades industriales. Y empleo el término utopía en el sentido que la filosofía contemporánea le da: la visión de futuro por la que una civilización determina sus proyectos, en la que funda sus fines ideales y sus

esperanzas. Si una utopía se hunde, lo que entra en crisis es toda la circulación de los valores que regulan la dinámica social y el sentido de las prácticas. Es esta crisis la que nosotros vivimos. La utopía industrialista nos prometía que el desarrollo de las fuerzas productivas y la expansión de la esfera económica iban a liberar a la humanidad de la escasez, de la injusticia y del malestar; que iban a darle, junto con el poder soberano de dominar la naturaleza, el poder soberano de determinarse; y que iba a hacer del trabajo la actividad a la vez demiúrgica y auto-poyética en la que la realización incomparablemente singular de cada uno —a la vez derecho y deber— es reconocida como útil para la emancipación de todos.

De esta utopía no queda nada. Esto no quiere decir que todo sea ahora vano y que sólo nos quede someternos al curso de las cosas. Esto quiere decir que nos es preciso cambiar de utopía; porque mientras permanezcamos prisioneros de la que se viene abajo, seguiremos siendo incapaces de percibir el potencial de liberación que la actual mutación contiene y de sacar partido de dicho potencial imprimiendo su sentido a esta mutación.

NOTAS

¹ Tomo la idea de racionalización reflexiva de Ulrich Beck, *Risikogesellschaft*, Suhrkamp, Frankfurt-am-Main, 1986.

² Lionel Stoleru, «Le chômage de prospérité», *Le Monde*, 31 de octubre de 1986. Las cursivas son mías.

³ Este hecho todavía es discutido con frecuencia bajo el pretexto de que el capital fijo *por empleo* tiende a aumentar rápidamente en la industria y los servicios industrializados, y que el número de empleos no baja brutalmente. Ahora bien, ni el capital inmovilizado por cada empleo ni el número de empleos tienen la menor significación en cuanto a la manera en que evoluciona la cantidad de trabajo absorbido por la economía: solamente es significativo el número total de horas trabajadas en un año en el conjunto de la económica, es decir, el «volumen de trabajo».

A este respecto, las estadísticas alemano-occidentales, que (a diferencia de las francesas) miden regularmente este volumen anual, proporcionan los datos siguientes: el PIB alemán se multiplicó por 3,02 entre 1955 y 1985; el volumen anual de trabajo disminuyó un 27 por 100 durante ese período. De 1982 a 1986, disminuyó en un poco más de mil millones de horas, o sea, el equivalente a 600.000 empleos de tiempo completo. Desde 1984 a 1986, a pesar de una disminución del volumen de trabajo de 350 millones de horas, o sea, el equivalente a más de 200.000 empleos de tiempo completo, el número de personas empleadas aumentó en 200.000. Este aumento del número de activos se debió a la reduc-

ción de la duración contractual del trabajo y al crecimiento del número de empleos a tiempo parcial.

Es decir, repito, que las cifras referentes al número de parados y al número de personas empleadas no permiten medir ni la evolución de la productividad ni la evolución de la cantidad de trabajo utilizado por la economía.

⁴ Edmond Maire, «Le chômage zéro, c'est possible», *Alternatives économiques*, 48, junio de 1987.

⁵ Hannah Arendt, *La condition de l'homme moderne*, París, Calmann-Lévy, 1961, págs. 11-12.